



Hugo Rodríguez-Alcalá



El hombre de gris

Ofelia Lazalle toma asiento en la sala de espera junto a la mesita en que ha visto, al entrar, un rimero de revistas. Más que leer los artículos o mirar las figuras, quiere protegerse de la curiosidad de la gente cubriéndose la cara con Life u otra revista de igual tamaño. Desde hace algún tiempo le molesta que la miren. Por eso no le gusta viajar en tranvía y exponerse por media hora o más, a los ojos escrutadores de hombres y mujeres, o esperar turno en la sala de espera del dentista, donde pueden mirarla y mirarla...

Su timidez no es reciente; se ha agudizado, sí, casi morbosamente, en los últimos meses. La pregunta la ha estado royendo por dentro sin darle respiro. Tampoco la pregunta es reciente; la ha perseguido desde antes de sentirse mujer, desde una ya lejana mañana de septiembre.

Tendría trece años. En el ancho corredor de la casa materna, aprovechando que todos habían salido menos Helena Montes de Lazalle, Ofelia se ha decidido a formular la pregunta en voz alta. En su mecedora favorita, su madre lee una novela. Las cinco

palabras, individualmente pronunciadas, serían las más fáciles. Todas juntas, enfrentando el misterio, le parecían de hierro. [137]

-¿Quién es mi papá, mamá?

La luz matinal de septiembre brillantaba los rosales del patio; los canarios piaban muy amarillos en las jaulas llenas de sol. El jazminero que cubre la verja medianera del patio y del jardín invadía ahora los dominios de la parra. Y se desprendía de entre los pámpanos, una lluvia de florecillas blancas.

-Hermoso -había pensado Ofelia unos momentos antes.- Hermoso... pero...

Helena Montes de Lazalle, en su mecedora, envuelta en aquella luz y aquella fragancia de septiembre, suspendía de vez en cuando la lectura y miraba hacia el patio. Es alta y rubia, de ojos azules. El busto, siempre erguido, aun cuando leía como ahora, la novela de turno, es lleno y altivo como el de todas las mujeres rubias y serias de la familia Montes. A Ofelia la intrigaban los retratos de estas mujeres. No había manera, por otra parte, de evitarlos. Cuelgan de las paredes de toda la casa: de las de la sala, de las del comedor, de las de los dormitorios.

Se acercó a su madre, le puso una mano morena sobre el libro y, con la cabeza baja, formuló la pregunta. Durante un minuto Helena Lazalle no dijo nada. Se aseguró de que nadie oiría la respuesta. Por fin, la cara seria, los ojos azules inescrutables, contestó:

-Tu padre es Joaquín Lazalle.

Ofelia hizo un ademán negativo con la mano ya alzada de sobre el libro. [138]

-Tu padre, repito, es el doctor Joaquín Lazalle. Nunca he oído pregunta más impertinente.

Ofelia corrió hacia su cuarto y se echó sobre la cama. Lloró silenciosamente hasta que la llamaron para el almuerzo. Desde su cama oía el trino incesante de los canarios; la luz de septiembre, colándose entre los visillos, se multiplicaba en los espejos.

Ofelia era toda inocencia aquel septiembre. Y a pesar de lo que le había repetido Helena Montes de Lazalle, estaba segura, debajo de sus lágrimas, de no ser una Lazalle; segura de que ese apellido, La-za-lle, le era ajeno.

Ya algún tiempo antes (¿tres, cuatro años?) cuando aprendía a andar en velocípedo, había oído algo.

(La tardecita, en el mismo corredor, los canarios en sus jaulas doradas pero mudos ahora. Están de tertulia el tío Cipriano Montes, con la tía Amanda, su esposa argentina, su madre y dos tías más, que viven en Buenos Aires).

-Pero, ¿cómo será posible que no lo sepa nunca? -pregunta el tío Cipriano-. ¿No te parece, Helena, que el secreto no es sólo inútil, sino contraproducente? Hay que contárselo todo alguna vez, y que no sea tarde...

-Este es un asunto de Helena -interviene la tía Amanda- Ella debe decidir. [139]

-No -ha interrumpido el tío Cipriano-. Este es un asunto que afecta a una inocente mucho más que a Helena o a nadie, y que puede crearle a la chica conflictos graves tarde o temprano. ¡Ya veremos!

-Los psiquiatras, Cipriano, ven conflictos por todos lados.

-Tal vez. Pero en esta casa se quiere tapar el cielo con las manos.

El velocípedo pasó junto a las mecedoras. No lo habían visto venir. Los grandes se callaron y le sonrieron como diciéndole: -¡Qué bien! Ofelia recuerda su vestido rosa, los zapatos blancos con una hebilla chiquita en el empeine. Y no ha oído nada más. En ese mismo momento ha entrado el tío Fernando, la alza en sus brazos y la felicita por lo bien que maneja el triciclo. Ella siente miedo del perrazo de policía con que vino el tío Fernando y se pone a llorar. El tío Fernando tuvo que salir con el perro y encerrarlo en el auto.

-Ofelia: la señora Helena te llama a la mesa. Ya están todos sentados.

-Decile a mamá que estoy enferma: que no puedo ir; que voy a vomitar.

Y la empleada -aquel día de septiembre- le llevó este mensaje a Helena Lazalle. Seguían cantando los canarios en el corredor lleno de sol. Oyó después los tacones altos sobre el mosaico. Helena Lazalle entró vestida, como siempre, como para ir de visitas. Se inclinó sobre su hija. Las perlas del collar le tocaron, frías, el [140] hombro. Ofelia, con los ojos cerrados, se sintió invadida por el perfume exquisito.

-Estoy enferma, mamá. No puedo comer. Tuve vómitos.

Helena Lazalle le puso una mano sobre la frente y ordenó a la empleada que preparase un té de naranja.

-Tu papá es un hombre rubio y tu mamá también es rubia, muy rubia, de ojos azules. ¿Cómo sos vos tan morena? En las Teresas, su compañera María Príncipe, la escrutaba maliciosa. María Príncipe no fue la única que le vino con una cosa así. Más de una vez notó Ofelia que un grupito de chicas, cuando ella se acercaba, se callaba de golpe, observándola.

-¿Por qué no viene tu papá cuando hay comedias en el colegio?

¡Y cómo olvidar el día de la primera comunión! Salían todas de la capilla llena de luces y flores entre la multitud de padres y parientes que habían oído la misa. Su vestido era el más lindo de todos. Se lo había regalado la tía Silvia, desde Buenos Aires.

-La morenita de la izquierda es la hija de Helena Lazalle...

Ofelia prestó oído con atención ansiosa, el corazón golpeteándole el pecho. La Superiora daba una orden, ahora, y la Madre Rosario le arreglaba el velo.

-...de Helena Montes y de... [141]

¿De quién? ¿De quién? Cuanto más recuerda estas cosas de antes, tanto más evidente le parece que ella no es Lazalle; que a lo mejor es hija natural o adúl... No sabe bien la palabra. En las Teresas Fifí González y Niní Caballero saben bien estas cosas.

-Les preguntaré eso. Veré cómo. Empezaré con lo de Moisés, que vino en un canasto, por el... Eúfrates.

Le había dicho a la mucama que iba a vomitar y lo mismo le dijo a su madre. Y ahora resulta no ser mentira lo que les dijo. Se va a levantar ya de la cama para ir al baño, pero entra en el cuarto el tío Fernando Montes, que regresaba de un viaje por el Brasil, y le trae una carterita que tiene un escudo en el broche, y Ofelia olvida sus náuseas y ya sin náuseas y con felicidad abraza a su tío Fernando y le dice que la carterita es preciosa, que el escudo de oro es regio, que ella...

La sala de espera, casi vacía cuando entró -dos señoras viejas cuchicheando- ha sido poco a poco invadida por gente que, al abrir la puerta, busca una silla desocupada y se sienta. Alguien fuma un tabaco muy fino.

-¡Lindo olor! -se dice Ofelia pero no quiere averiguar todavía quién sea el fumador porque está leyendo que Jackie Kennedy se va a volver a casar con un lord inglés o cosa así. Debe, sin embargo, interrumpir la lectura que al fin le interesa; siente, no sabe cómo, que alguien la mira con una mirada que le atraviesa la revista; baja entonces la revista hasta el regazo como para doblar la página, y ve al hombre que fuma. Está sentado frente a ella, junto a la ventana, y cuando ella lo mira, haciendo un esfuerzo, a la cara, el hombre no [142] aparta la mirada. Al contrario. Muy bien afeitado, traje gris, corbata gris. Todo de gris, menos los zapatos, negros, relucientes. Es serio y distinguido como no recuerda a nadie. No puede decirse qué edad tiene porque el sol le da en la cara afeitada y pone demasiada luz en la mejilla tersa y morena. Se abre en eso la puerta del consultorio y el guardapolvo blanco de la enfermera o ayudante, asoma:

-Señorita Lazalle...

Ofelia se levanta rápidamente y cruza la sala de espera. Durante el trayecto, que le parece largo, siente en todo su cuerpo la mirada del extraño. Piensa que esto suele pasar ahora a menudo, que los hombres hace un tiempo que la miran mucho; no con la intensidad del de gris, pero con un ansia que pronto disimulan sonriendo o murmurando

algo. En la facultad es así, al cruzar el patio en el que hay grupos de cinco o seis estudiantes.

Pero esos no son hombres todavía; éste, sí lo es. Y Ofelia no puede explicarse su desazón de este instante porque el hombre no parece insolente sino extraño, terriblemente extraño, aunque esa cara...

-Este hombre no estaba antes en esta ciudad en que todos nos conocemos.

No lo ha visto nunca hasta hoy. El traje gris y el sombrero gris que ha puesto sobre la silla vecina, no son de aquí. El hombre ha de ser extranjero. La perla en la corbata gris - y de mañana-; el modo de peinarse el pelo muy negro y brillante, y hasta la postura algo rígida pero distinguida; la boquilla de plata.

Cuando sale del consultorio con media boca entumecida, ve [143] que el hombre de gris se pone en pie, recoge el sombrero y hace ademán de acercarse a ella; pero Ofelia ya ha cruzado la sala de espera; ya baja rápida, los diez o doce escalones de mármol; ya llega a la acera.

El sol le golpea los ojos; ella no ve ni la gente que pasa ni oye el ruido del tránsito: ella sigue viendo al hombre de gris sentado en la silla de la sala de espera, una pierna sobre la otra, la raya del pantalón como recién hecha y el brillo gris de las medias de seda.

Han pasado varios días, Ofelia no se ha olvidado de la mirada con que el hombre de gris la envolvía toda en el consultorio; no se ha olvidado, acaso, porque no sale nunca a la calle sin verlo al doblar una esquina, al salir de la Facultad seguida por Martín Egusquiza, o entre la muchedumbre de Estrella o Palma. Cada vez que lo ha visto, ha apresurado el paso con una desazón, con una angustia que no puede o no quiere explicarse con calma. ¿Es que el hombre de gris cree que ella será como...?

Va subiendo por la calle Alberdi. La acompaña Martín Egusquiza; Martín le dice que le gustaría conversar con ella más a menudo y en algún lugar tranquilo. No frente a otros, en el corrillo habitual de los de la Facultad. Insiste en que ella es muy, muy reservada y que a lo menos con él no hay motivo para ser así. Él es su amigo, un amigo que sólo necesita probar su... bueno, su seriedad y que aspira a ser escuchado y comprendido.

En Alberdi y Estrella aturden camiones, autos, motocicletas y autobuses, todos ansiosos de abrirse camino al mismo tiempo y muy pocos pudiendo avanzar, exasperados, los conductores hacen [144] sonar sus bocinas. Martín la invita a tomar un café en el Bolsi, que está allí, enfrente.

-Ese es un lugar para hombres solos; para abogados y para haraganes. No, Martín; no insistas. Voy a casa de tío Fernando; me esperan para almorzar; no tengo tiempo. (Este cree que a mí se me convence con una charla de media hora en un café. Tengo una sed bárbara, pero al Bolsi, no, y menos con el irresistible Martín, según se cree él mismo).

Llegan a la esquina misma del Bolsi y Ofelia quiere despedirse sin dilación por el calor, la sed y... Un largo coche convertible aminora la marcha al aproximarse a la esquina. Al

volante, el hombre de gris, pero no de gris ahora, sino de blanco. Martín advierte que el del coche los mira fijamente y, con despecho, dice:

-¿Una conquista, Ofelia? No sólo en la Facultad, ¿eh?

Ofelia le toma el brazo a Martín. -Entremos- le urge. Acepto una gaseosa.

En el Bolsi hay como unos diez o quince asientos ocupados por grupos animados de hombres que fuman y gesticulan. Martín pide una gaseosa y un café.

-No fumo, Martín. Gracias.

Los hombres de todas las mesas los miran; la miran a ella especialmente y hablan sin duda de ella. Hasta un viejo profesor de la facultad le ha clavado sus ojos cansados, ahora con un brillo que la sorprende. [145]

-Bueno, ¿Qué te parece si nos vamos, Martín? Yo tengo que estar en casa de tío Fernando antes de las doce; no, ya tenía que estar allá; llegaré tarde...

Salen del café.

-¡Ofelia!

-¿Qué?

La calle Alberdi está llena de gente al mediodía. Difícil caminar entre el gentío apresurado.

-Ofelia...

Pero Ofelia no lo oye. Ve al hombre del convertible largo que pasa a su lado y la mira, la mira.

-Tío Fernando, ¿Cómo se llama ese hombre que anda todo de gris o todo de blanco y que tiene un convertible flamante, un Oldsmobile creo?

-¿De gris o de blanco? Y ¿dónde voy a saber el nombre de un tipo de gris o de blanco? Hay muchos.

-¿Será un diplomático, un actor de cine? No puede ser embajador todavía; es joven... aunque no tanto.

-¿Conque al fin te gusta alguien, Ofelia? ¿eh? A tu tía y a mí ya nos preocupaba que... [146]

- ¡No! yo te preguntaba porque...

-¿Por qué?

-Porque parece que me sigue por todas partes.

-¿Te ha hablado alguna vez? -pregunta la tía Cristina.

-No, nunca, pero me mira de una manera que me molesta.

-Si yo no fuera tu tío, si no estuviera casado y si anduviera por los veinte o veinticinco, también te seguiría por todas partes.

Ofelia se queda pensativa mirando los mangos del patio. El aljibe, blanco, todavía se usa en la casa de los tíos.- ¡Lindos los pescaditos que hay adentro! -piensa- ¡Cómo se persiguen los unos a los otros!

A esta hora, con el sol en el cenit, se los puede ver veloces sobre el fondo oscuro.

-La encuentro preocupada a Ofelia, Cristina. Debe de ser por la eterna cuestión.

Cristina Jiménez de Montes asiente, pero no dice nada. Fernando Montes agrega:

-No me explico cómo Helena no le cuenta la verdad, ahora, que la chica ya es toda una señorita. [147]

-Y es por el odio que le tiene al ex marido.

-Pero ¿por qué no decirle a la hija que se ha casado dos veces; que su primer marido y ella no se entendieron; que se divorciaron en Europa y que él vive en Londres? Ahora el divorcio no es lo de antes. ¡Hay tantos casos!

-Hay otra cosa además del odio. ¡Quién sabe! Lo cierto es que mientras tanto, la chica no quiere saber nada de nadie que trata de festejarla. Ese Martín Egusquiza, por ejemplo, es un muchacho excelente, y ella lo tiene de desaire en desaire.

-¿Y quién será el perseguidor de gris o de blanco?

-¡Vaya uno a saber! Acaso algo que ella se imagina.

-Voy a hablar seriamente con Helena y a convencerla de que ya ha sucedido lo que le anticipé hace tiempo. Esa muchacha tiene un problema serio; se me ocurre que se cree hija ilegítima o algo peor, una huérfana recogida del Asilo.

Hacia la madrugada, Ofelia sueña con el hombre de gris que se vuelve todo blanco. Ella va caminando por una avenida del Parque Caballero. Va con Martín. Martín se apodera de una de sus manos y ella quiere evitar la caricia. Martín, entonces, con violencia, la toma en sus brazos. Pero no es Martín el que la abraza. Es el hombre de gris, fuerte, abrumador, el que ahora la besa en la boca y le muerde la lengua. Ofelia despierta. Oye sonar unas campanadas que dan las cinco. Y se levanta toda temblando porque hay una

misa [148] a las seis, en las Teresas, una misa de difuntos, por una compañera de banco de hace años.

Ofelia, que iba a comulgar, no comulga. El beso del sueño le quema la boca, Al volver de la misa, calle Brasil arriba, -son las siete y media ya- ve venir el convertible. Ella camina con dos compañeras de sus tiempos de escolar. El hombre la mira fijamente y las compañeras le preguntan quién es.

-Es el hombre de gris -contesta.

-¿De gris? Si va en camisa sport, blanca.

Durante muchos días se repiten los encuentros. Y, por la noche los sueños. Ofelia siempre rehuye al encontradizo. Pero en el sueño no puede escapar porque ella está sola, en la Facultad desierta, o en una plaza oscura, o a orillas del río o junto a una barranca.

El jueves seis de marzo ella va sola al club conduciendo el coche de los Lazalle. Y lo primero que ve al entrar, bajo un árbol enorme, en torno a una mesa, es al hombre de gris con una mujer, tomando un refresco. Los dos visten de tenis. Ofelia ve que tienen las manos juntas.

Cuando estaciona el automóvil a pocos metros de distancia del árbol, oye que el hombre llama al mozo. Por el espejo retrovisor mira a la mujer; es morena, delgada, hermosa y no le quita al hombre los ojos de encima. [149]

Al día siguiente, viernes, en clase de filosofía, no se siente bien y sale antes de la hora. Ya ha oscurecido y se han encendido las luces de la plaza de enfrente. Ofelia, con fuerte dolor de cabeza, avanza por el zaguán todavía sin luz. Y allí le cierra el paso, alto y enérgico, el hombre de gris.

-Ofelia -le dice él.- Dame un abrazo-. Lo ve atlético y duro, los ojos fulgurantes. El hombre le tiende los brazos...

-Ofelia, querida mía...

La escena es idéntica a la del sueño del martes. Pero ahora, en la realidad, aunque se siente débil, febril, puede reaccionar libre, rápidamente y cruza la cara afeitada de un bofetón.

En ese instante se enciende la luz del zaguán.

-¿Cómo te atreves a pegar a tu padre, Ofelia!

Y cuando se le acerca más, con un rictus doloroso, ve que la cara del hombre y la suya son muy parecidas; que en sueños confusos, ya lo había notado alguna vez, con miedo. [150]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

